



CAPÍTULO XLII

Expediciones marítimas de los portugueses.—Primeros descubrimientos de los españoles.—Primitiva historia de Colon.—Creencia general de la existencia de tierra en el Occidente.—Dirige Colon sus proposiciones á Portugal.—Hácelas despues á la corte de Castilla.—Sométense á una junta examinadora.—Son desechadas.—Prepárase Colon á dejar á España.—Mediacion que en su favor se interpuso.—Colon en Santa Fe.—Rómpanse de nuevo las negociaciones.—Favorable disposicion de la reina.—Arreglo definitivo con Colon.—Se hace éste á la vela para su primer viaje.—Indiferencia con que se miraba su empresa.—Reconocimiento que se debe en este punto á doña Isabel.

Hallándose D. Fernando y doña Isabel en Santa Fe, firmáronse los tratados que abrieron el camino para un vasto y dilatado imperio, en cuya comparacion sus recientes conquistas, y áun sus dominios todos eran insignificantes. La extraordinaria actividad intelectual de los europeos en el siglo XV, despues del letargo en que por siglos habian estado sumidos, les condujo á grandes adelantos en casi todos los ramos del saber; pero más principalmente en la náutica, cuyos sorprendentes resultados granjearon á aquella época la gloria de ser especialmente designada como la época de los descubrimientos marítimos. Favorecia para esto en sumo grado la condicion política de la Europa moderna. Bajo el imperio romano, el tráfico con el Oriente se concentraba, como es natural, en Roma, capital comercial del Occidente; y despues de la desmembracion del imperio, continuó haciéndose principalmente aquel comercio por medio de los puertos italianos, desde los cuales se esparcia á los más remotos países de la cristiandad. Estos países, sin embargo, que desde la clase de provincias subordinadas se veian ahora elevados á la categoría de Estados separados é independientes, miraban con envi-

dia este monopolio de las ciudades de Italia, por cuyo medio iban éstas sobrepujándose rápidamente en opulencia y poder; y en este caso se encontraban sobre todos Portugal y Castilla, que situados en los últimos límites del continente europeo, se hallaban á mucha distancia de los grandes caminos que establecian la comunicacion con el Asia, y no veian compensada esta desventaja con una extension suficiente de territorio propio, como la que hacia respetables á algunas otras naciones de Europa, cuya situacion era igualmente desfavorable que la suya para el comercio exterior. En estas circunstancias, las dos naciones de Castilla y Portugal, volvieron naturalmente sus ojos al gran Océano que bañaba sus costas occidentales, para buscar en sus ignorados abismos nuevos dominios, y áun caminos desconocidos, si posible era, que las condujeran á las opulentas regiones del Oriente.

Este espíritu de marítimas expediciones se vió fomentado y facilitado en gran manera con la invencion del astrolabio y el importante descubrimiento de la brújula, cuyas primeras aplicaciones á la navegacion en gran escala pueden al siglo XV referirse; y los portugueses

fueron los primeros que marcharon por la brillante senda de los descubrimientos marítimos, prosiguiendo en ella con tal actividad bajo la proteccion del infante D. Enrique, duque de Viseo, que antes de la mitad del siglo XV habian ya llegado hasta Cabo Verde, doblando muchos otros terribles promontorios que habian hasta entónces atemorizado al tímido navegante de los tiempos anteriores, y consiguiendo ver por último en 1486 el gran cabo que pone fin al Africa por la parte del Mediodía, y que saludado por el rey Juan II, en cuyo tiempo se descubrió, como el precursor del camino por tanto tiempo buscado para el Oriente, recibió el placentero nombre de Cabo de Buena Esperanza.

Los españoles, entre tanto, tampoco se quedaban atrás en la carrera de las expediciones marítimas; porque ciertos aventureros de las provincias septentrionales de Vizcaya y Guipúzcoa, se habian ya hecho dueños en 1393, de una de las más pequeñas islas del grupo que se supone ser el de las *Fortunata* entre los antiguos, conocido despues por el de las Canarias, y otros tambien, procedentes de Sevilla, extendieron sus conquistas sobre estas islas á principios del siguiente siglo, las cuales se continuaron en favor de la corona, en tiempo de don Fernando y doña Isabel que armaron diferentes flotas para su reduccion, que terminó por último, con la de Tenerife en 1495. Desde el principio de su reinado habian manifestado estos monarcas la más viva solicitud por los adelantos del comercio y la ciencia de la navegacion, como se ve por la multitud de sus providencias, que aunque imperfectas por la mala inteligencia de los verdaderos principios del tráfico en aquella época, dan suficiente idea de las buenas disposiciones del gobierno; y en su tiempo, y áun en el de sus predecesores hasta el de Enrique III, se habia sostenido un comercio considerable con la costa occidental del Africa, desde la que se importaban á la ciudad de Sevilla esclavos y polvo de oro, dándonos noticia el historiador de aquella ciudad de la repetida mediacion de doña Isabel en favor de aquellos seres desgraciados, para lo cual dió diferentes ordenanzas que se dirigian á asegu-

rarles la debida proteccion de las leyes, y á hacerles ciertas concesiones que mitigasen algun tanto la dureza de su suerte. Suscitóse, sin embargo, gradualmente una grave contienda entre los súbdios de Castilla y Portugal, acerca de sus respectivos derechos de descubiertas y comercio en la costa africana, que prometia ser copioso manantial de disturbios entre las dos coronas; pero fué felizmente terminada por un artículo del tratado de 1479, el mismo que terminó la guerra de sucesion, en el cual se estipuló que el derecho de traficar y descubrir en la costa occidental del Africa, quedaria exclusivamente reservado á los portugueses, los cuales en cambio, renunciarían todas sus pretensiones á las Canarias en favor de la corona de Castilla. Los españoles, entonces, así excluidos de todo ulterior progreso hácia el Mediodía, no tenian ya abierto otro camino para sus viajes de marítimas aventuras que las no surcadas ondas del grande Océano occidental; pero afortunadamente, en estos momentos se presentó en medio de ellos un hombre como Cristóbal Colon, dotado de la capacidad suficiente para estimularles á tan heroica empresa, y de llevarla á glorioso y feliz término.

Este hombre extraordinario era natural de Génova, y de humilde nacimiento, aunque quizás de ilustre sangre; recibió su primera educacion en Pavia, en donde adquirió una extremada aficion á las ciencias matemáticas en que despues sobresalió, y á la edad de catorce años se lanzó á la vida del mar, á la que estuvo con pocas interrupciones consagrado hasta 1470. Cuando tenía probablemente poco más de treinta años, arribó á Portugal, adonde entónces acudían los aventureros de todas las partes del mundo, como centro de toda empresa marítima, y despues de su llegada, continuó viajando por todo el mundo entónces conocido, y ocupándose cuando estaba en tierra en la formacion y venta de cartas y mapas, sirviéndole de mucho para estos trabajos geográficos la posesion de muchos papeles que habia dejado á su muerte un célebre marino portugues, pariente de su mujer. Provisto así de toda la ciencia náutica que aquella época podia suministrar, y fortalecido con una larga



práctica, el espíritu reflexivo de Colon se dejó naturalmente arrastrar á profundas meditaciones sobre la existencia de algunos otros países del otro lado de las aguas occidentales, y concibió la posibilidad de ir á las costas orientales de Asia, cuyas provincias de Cipango y Cathay estaban pintadas con tan brillantes colores en las narraciones de Mandeville y los Polos, por un camino más directo y cómodo que el que á ellas llegaba atravesando el continente oriental.

La existencia de otras tierras al otro lado del Atlántico, que no dejaba de encontrarse indicada en algunos de los escritores antiguos más ilustrados, habia llegado á ser objeto de estudio general á fines del siglo XV; porque las arriesgadas empresas marítimas que entónces se acometieran, descubrieran cada día alguno de los misterios del Océano, y sacaban á luz nuevas regiones que hasta allí, sólo en la imaginación habian existido. Una prueba de esta creencia popular se encuentra en un pasaje muy curioso del *Morgante Maggiore* del poeta florentino Pulci, buen literato, pero que no se distinguió por la superioridad de sus conocimientos científicos sobre los de su tiempo. Este pasaje es notable, dejando aparte los conocimientos cosmográficos que supone, por sus indicaciones acerca de ciertos fenómenos físicos que no se demostraron hasta más de un siglo despues; y en él, aludiendo el diablo á la superstición vulgar relativa á las columnas de Hércules, se expresa de este modo, dirigiéndose á su compañero Reinaldos:

«Sappiche questa opinione é vana,
Perche piu oltre navicar si puote,
Pero che l'acqua in ogni parte é piana,
Benché la terra abbi forma di ruote;
Era piu grossa allor la gente umana,
Tal che potrebbe arrosirne le gota
Ercule ancor, d'aver posti quei segni
Perche piu oltre passeranno i legni.»
«Epuossi andar giu nell' altro emisferio,
Però che al centro ogni cosa reprime:
Sicche la terra per divin misterio
Sospesa stá fra le stelle sublimé;
E laggiu son città, castella, e imperio;
Ma no'l cognobbon quelle genti prime:
Veddi che il sol di caminar s'affretta
Dove io ti dico, che laggiu s'aspetta.»

La hipótesis de Colon descansaba en fundamentos mucho más sólidos que una mera

creencia popular, pues lo que era credulidad en el vulgo, y simples especulaciones teóricas en los sabios, llegó á ser en su espíritu una convicción práctica, digámoslo así, que le conducía á arriesgar su vida y su fortuna al éxito de su experimento. Esta convicción, además, se hallaba fortificada por la correspondencia que seguía con el sabio astrónomo florentino Toscanelli, que le dió un mapa formado por él mismo, en el cual la costa oriental del Asia se hallaba situada frente á frente de la occidental de Europa.

Lleno así de las más grandes esperanzas de llevar á cabo un descubrimiento que resolvería esta cuestión de tamaña importancia, por tanto tiempo envuelta en la oscuridad, Colon presentó la teoría en que se apoyaba su convicción de la existencia de un camino occidental para las Indias, á D. Juan II de Portugal. Aquí, sin embargo, tuvo el disgusto de experimentar por vez primera los obstáculos y sinsabores que se oponen casi siempre á las concepciones del genio, cuando son demasiado sublimes para la época en que se forman, y despues de una negociación larga é inútil, y de cierta tentativa poco honrosa por parte de los portugueses para aprovecharse clandestinamente de las noticias que diera, abandonó disgustado á Lisboa, y determinó hacer sus proposiciones á los soberanos españoles, confiando en la fama que tan bien sentada tenían de sabios y emprendedores.

La época de su llegada á España, que fué á últimos de 1484, parece que era la más deplorable que ser pudiera para sus intentos, porque la nación se hallaba entónces en lo más recio de la guerra contra los moros, y los soberanos se ocupaban, como hemos visto, sin intermisión alguna en llevar adelante sus campañas, ó hacer los necesarios aprestos para ellas. Los grandes gastos que con tal motivo se ocasionaban, agotaban todos sus recursos, y la magnitud é importancia de esta conquista doméstica, les dejaba á la verdad muy poco espacio para entregarse á sueños é ilusiones de lejanos y dudosos descubrimientos. Colon, por otra parte, fué desgraciado en el primer conducto que le puso en comunicación con la córte. Fray



Juan Perez de Marchena, guardian del convento de la Rábida en Andalucía, que desde el principio se habia interesado vivamente en sus proyectos, le habia provisto de recomendaciones para Fernando de Talavera, prior del Prado y confesor de la reina, persona que gozaba en sumo grado de la estima y confianza de los reyes, y que habia ido pasando gradualmente por todas las dignidades eclesiásticas hasta llegar á ocupar la silla archiepiscopal de Granada. Era este Talavera de irreprochable conducta y de generoso corazón, como se vió despues en su tratamiento á los desgraciados moriscos; era también instruido, pero su saber era el del claustro, y tan mezclado, por consiguiente, de pedantería y superstición, y tan rebajado por la servil deferencia que hacía los errores de la antigüedad guardaba, que le hacia oponerse á cuanto fuera innovaciones ó arojadas empresas.

Con tan tímidas y exclusivas miras, estuvo tan léjos Talavera de comprender las vastas y atrevidas concepciones de Colon, que parece haberle considerado simplemente como un visionario, y haber encontrado en su hipótesis principios algun tanto heterodoxos. Don Fernando y doña Isabel, deseosos de saber la opinión de los jueces más competentes acerca del valor que á la teoría de Colon debiera darse, remitieron á éste á un consejo elegido por Talavera, de entre los más eminentes sabios del reino, y compuesto en su mayor parte de eclesiásticos, que por su profesión se creía poseían toda la ciencia de aquellos tiempos; pero tal fué la apatía de este cónclave ilustrado, y tan numerosos y multiplicados los obstáculos que de su pereza, preocupaciones ó excepticismo nacieron, que pasaron años enteros ántes de que pronunciara juicio alguno. Durante todo este tiempo, parece que Colon siguió constantemente la córte, convirtiéndose algunas veces en guerrero en las campañas moriscas, y recibiendo siempre de los soberanos singulares muestras de afecto y deferencia, de lo cual dan testimonio las repetidas sumas de dinero que para sus gastos particulares se le entregaron por órden de los reyes, y las instrucciones que se comunicaron á las diferentes ciudades de

Andalucía para que le dieran, sin estipendio alguno, alojamiento y demas asistencias personales.

Cansado, finalmente, Colon de tan penosa tardanza, solicitó con instancia de la córte que se diese una respuesta definitiva á sus proposiciones, y entónces se le hizo saber que la junta de Salamanca habia declarado su plan, «quimérico, impracticable y apoyado en muy débiles fundamentos para merecer el apoyo del gobierno.» Hubo muchos, sin embargo, en el Consejo, demasiado ilustrados para que pudiesen adherirse al dictámen de la mayoría; y algunos personajes, además, de los más notables de la córte, movidos por la eficacia de los argumentos de Colon, é impresionados por la elevación y grandeza de sus miras, no sólo abrazaron cordialmente su causa, sino que le favorecieron con su más íntima amistad. Tales fueron, entre otros, el gran cardenal Mendoza, cuya vasta capacidad y conocimiento del mundo le elevaron sobre muchas de las mezquinas preocupaciones de su órden, y Deza, arzobispo de Sevilla, fraile dominico, cuyos superiores talentos se pervirtieron despues, desgraciadamente, en servicio de la Inquisición, en cuya presidencia sucedió á Torquemada; y su autoridad fué indudablemente de gran peso para los soberanos, los cuales suavizaron la dureza del acuerdo de la junta, asegurando á Colon que, «aunque se hallaban al presente muy ocupados para comprometerse en la empresa que proponía, sin embargo, á la conclusión de la guerra, tendrían tiempo y voluntad de tratar con él.» Tal fué el estéril resultado de las largas y penosas pretensiones de Colon, el cual, léjos de recibir esta razonada seguridad de los soberanos como mitigación de su negativa actual, parece que la consideró como desestimación final y perentoria; y abatido y sin esperar ya más, dejó la córte y se dirigió hácia el Mediodía, con el intento, desesperado casi al parecer, de buscar en otra parte quien patronisase su empresa.

Colon habia ya visitado á Génova, su ciudad natal, con el objeto de interesarla en su plan de descubrimientos, aunque salió vano su intento; y así es que ahora se dirigió, á lo que